

cuadras Negras le dieron una paliza y se murió un mes después de lo que le hicieron. Bueno, pues antes que amaneciera me levantaron, me dieron un fusil ametrallador y me llevaron al despacho del comandante Morillas, ayudante del general Espinosa, gobernador militar de Granada.

Allí, además del comandante, había un tío fuerte, ancho y con mono, del que supe que se llamaba Blanco y que murió en el frente de Madrid. El comandante me preguntó otra vez que si conozco la zona de Viznar, y yo le contesto que: "Sí, mi comandante", y entonces él me dice que voy a acompañar a Blanco en una misión que consiste en entregar un sobre al comandante militar del sector y en recoger a una persona.

Me entrega un sobre blanco, grande,

pase que llevábamos para andar por los frentes. "El capitán Nestares no ha llegado todavía, ¿para qué lo quiere?", responde. "Tengo que entregarle este sobre", le digo, y se lo enseño, y entonces él me contesta: "Soy su ayudante, démelo a mí." Yo le contesto que sólo se lo daré al comandante del sector, y entonces escuchamos tiros.

Yo le digo: "¿Qué ha sido eso, mi alférez?", y él me contesta: "Nada, habrán sido mis falangistas, que están haciendo la instrucción." En esto que me retiro a donde estaba la moto y le digo a Blanco que por qué no vamos, mientras viene el capitán Nestares, a tomarnos un cafelito en un ventorro que conocía yo en el camino a Alfacar. De modo que salimos en la moto y escuchamos de nuevo tiros. "Son mosque-tazos", me acuerdo que dijo Blanco.

claro de lino, de esos de verano, y tenía la parte baja de la espalda, no sé si me entiende usted, destrozada. De eso también me acuerdo muy bien, es como si lo llevara grabado a fuego en la memoria todo este tiempo. Aún veo los cuerpos tendidos en el camino de esa forma en que están los muertos. No estuvimos mucho tiempo; muy despacio, la moto siguió camino, llegó a Fuente Grande, siguió, doblamos las curvas y bajamos la cuesta hasta el ventorro. Allí nos tomamos el cafelito y una copa de aguardiente de pasas. Los nervios no me cabían en el cuerpo, pero el Blanco parecía hecho de madera, el tío, qué templeo era.

Yo al principio no sabía que se trataba de Federico García Lorca. Sabía que había vuelto a Granada porque vino en los periódicos, pero no me podía figurar que lo iban a detener, y menos a fusilar, pero me lo empecé a barruntar en aquel ventorro, sabe usted. Yo a Federico lo había visto muchas veces, porque yo, de más jovencillo, les cantaba saetas y medias granaínas a él y a otros señoritos amigos suyos. Incluso estuve en el Carmen de Falla, cantando. La primera vez que trabé trato con él fue en el café Alameda, donde tenía tertulia con otros amigos. Uno de ellos comentó que yo, que estaba en el mostrador, cantaba muy bien y entonces me dijeron que cantara algo. Yo me arranqué a cantar y de ahí salió el trato.

Saetas

Incluso, mire usted, Federico me hizo, así, rápidamente, unas letras de saetas. Sería el año 1932. La dedicada al *Cristo del Silencio* dice así: "Tiene los brazos tendíos / El costao lo tiene abierto / Tiene los pies enclavaos / y los ojos entornaos."

Y ésta, dedicada a la *Virgen de las Angustias de la Alhambra*: "Qué bonita vas María / en ese trono de oro / reluciente como el día / tú eres nuestra patrona / y la mejor cofradía." Y tengo otras tres más, dedicadas al *Cristo de los Favores*, a la *Virgen de los Dolores de San Cecilio*, y otra, también, a la *Virgen de las Angustias de la Alhambra*.

Bueno, cuando terminamos de tomar la copita de pasas decidimos regresar a Viznar, por si ya había vuelto el capitán Nestares. Estuvimos como veinte minutos en el ventorro y cuando, andando despacio en la moto, llegamos al sitio donde vimos a los fusilados, ya no estaban. Había un reguero de sangre que llevaba hasta el pie de ese olivo que le señalo. Allí estaba la tierra removida y allí está enterrado Federico García Lorca, el maestro don Dióscoro y los dos banderilleros. No puedo equivocarme, lo tengo todo grabado en la memoria... Sí, yo me iba preguntando si no sería ese Federico, pero no me atrevía a hablar con mi compañero Blanco,



Pepe Roldán Cobos dice que llevó el inútil indulto al poeta
Ahí lo vio muerto, y aún se acuerda

con cinco lacres, en el que pone solamente *Al comandante del sector Viznar-Alfaguara*, y yo me lo guardo en el pecho, dentro de la camisa. "Cuidado a quién le entregáis esto, que os va la vida", me dice el comandante Morillas. "Si no me traéis al hombre vivo o el sobre, es mejor que os paséis a zona roja. Ahora, marchaos..." Bueno, Blanco y yo nos subimos en una moto alemana, de esas grandes con sidecar, y tiramos camino adelante a Viznar. Blanco era un hombre raro, no abría la boca y parecía seguro y como que sabía mucho.

Llegamos a Viznar cuando empezaba a clarear. Subimos la cuesta y aparcamos en la plaza, frente al palacio Moscoso, que era el cuartel general del sector. Yo me apeo de la moto y me encamino al alférez de guardia, que está en la puerta. "Quiero ver al comandante del sector", le digo, enseñándole el

Estaba aclarando, serían las siete menos cuarto. La moto iba despacio por el camino cuando de pronto vimos, en medio de una curva, a cuatro cuerpos tendidos y unas sombras que se escondían. Las sombras tenían gorras como las que llevaban los guardias de asalto y monos. Nos quedamos tiesos. La moto se detuvo al lado mismo de los cuerpos tendidos, pero no nos bajamos de ella: pensábamos que podían dejarnos secos.

Al principio no me di cuenta que estaba viendo a Federico García Lorca. Sólo reconocí a dos personas, al Galadí y al Cabezas, dos banderilleros muy conocidos en Granada. Uno de ellos estaba atado con alambre a Federico por los brazos y el otro a un señor con la pata de palo, que yo se la vi.

Estaban boca abajo, encima de un charco de sangre, y Federico, lo recuerdo muy bien, vestía un traje blanco o